

INTEGRACIÓN HUMANO-ESPIRITUAL EN EL ACOMPAÑAMIENTO FORMATIVO

Encuentro de formadores y formadoras CONFAR
26 al 30 septiembre 2011 Cabana – Córdoba –

Fr. Rafael Colomé Angelats OP

OBJETIVOS:

1. Mostrar cómo las consistencias o inconsistencias humanas repercuten en el tipo de experiencia de Dios: Pasar de una religiosidad infantil a una religiosidad adulta.
2. Dar pautas para acompañar a los formados/as en un proceso de maduración integral: humano-espiritual

PUNTO DE PARTIDA: LA GRACIA SUPONE LA NATURALEZA

- **No podemos separar espiritualidad de personalidad:** Desde el momento en que la espiritualidad es una “experiencia relacional” con Dios, no se puede separar espiritualidad de formación de la personalidad. Mi espiritualidad se arma a la par de mi estructura de personalidad. Nos relacionamos con Dios desde lo que somos y como somos. Para que la espiritualidad nos ayude a madurar humanamente, es clave el “tipo de relación interpersonal” que se genera entre la persona y Dios. Es donde la acción de la gracia es efectiva: Cuando el *área de sentido* y el *área afectiva*, en cuanto “sistema operativo” de una persona, se integran en la relación interpersonal con Dios, ya que proporcionan equilibrio interior, centran a la persona y orientan su vida. Unifica el deseo en la experiencia de Dios.

- **La espiritualidad exige “autoconocimiento”:** La gracia supone la naturaleza. Para crecer en la vida espiritual, se requiere trabajar aquellos aspectos que hacen al desarrollo de la personalidad: vínculos, heridas afectivas, capacidad cognitiva, integración del género, imagen corporal, orientación sexual, etc. que inciden en la modalidad relacional de la persona y, consecuentemente, en una auténtica relación interpersonal con Dios. Capacidades o dificultades que no están ausentes tampoco en todo tipo de relaciones interpersonales: Con los hermanos/as de comunidad, con las figuras de autoridad, con las personas del otro sexo, con miembros de la familia y con la gente de la pastoral. Una auténtica espiritualidad exige trabajar el “yo real”. Se evita así caer en los “espiritualismos”.

PAUTAS PARA LA INTEGRACIÓN HUMANO-ESPIRITUAL EN EL ACOMPAÑAMIENTO FORMATIVO:

Es “consolidando” el propio “yo” como la persona colabora a la acción de la gracia. El proceso espiritual supone pasar de una experiencia infantil de Dios motivada por el deseo de que Éste cumpla todos sus deseos y necesidades (sin frustraciones) a una relación adulta con el Señor que integra la realidad. Dicho proceso va a la par del crecimiento y maduración de la persona. Implica integrar las distintas áreas de la personalidad en la experiencia de Dios.

En el fondo el proceso espiritual que debe hacer el formando/a es un proceso de “revisión” de su estructura de personalidad (modalidad afectiva, sexual, cognitiva, de carácter, etc.) para que su fe, su esperanza y su caridad sean auténticas y no estén “contaminadas” de egocentrismo (de inmadureces o expectativas inconscientes), propias de una religiosidad infantil o enfermiza, que terminan desvirtuando o manipulando la relación con Dios.

Como formadores/as debemos acompañar a los formandos/as en un proceso largo y complejo para que vaya pasando a lo largo de los años: **De Dios “objeto de deseos humanos” a Dios “objeto de fe purificada” (Cf. Rom 1,5).**

I. DE DIOS “OBJETO DE DESEOS HUMANOS”:

- **Toda espiritualidad está llena de expectativas.** Esperamos que Dios cumpla todos nuestros deseos. Pero de constituir la única motivación que la sostiene, Dios se puede convertir en una mera proyección del deseo humano, en una pura creación imaginaria del deseo, sin consistencia objetiva propia. Se identificaría a Dios con los propios deseos insatisfechos o frustrados. Una pura “ilusión”. Tesis de Freud. Alguien que viene a cubrir las expectativas y anhelos personales no satisfechos de la vida. Su perseverancia en la relación con Dios dependería de la gratificación de las necesidades insatisfechas.

- **Para crecer espiritualmente, hay que renunciar a sí mismo (a los propios deseos y expectativas humanas) y asumir la cruz del seguimiento (la voluntad de Dios):** *El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga. Porque el que quiera salvar su vida la perderá, y el que pierda su vida a causa de mí, la encontrará (Mt 16,24-25).* Es la “contradicción” de la vida espiritual: *Si el grano de trigo no cae en tierra no muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto (Jn 12,24-25).* La plenitud la encontramos dándonos: *No hay amor más grande que éste: dar la vida por los amigos (Jn 15,13).*

- **La verdadera realización está más allá de uno mismo:** En Dios. Y a Dios no lo podemos manipular, controlar, según nuestros gustos o deseos. Hay que desear a Dios como Él quiere ser deseado. Amar a Dios como Él quiere ser amado. Respetar su Alteridad. Dejar a Dios ser Dios en mi vida. Confiar en Él. Abrirme a la acción de la gracia en mí. El Espíritu es quien guía todo el proceso teologal, fruto de una relación interpersonal con Dios que nos va “purificando del deseo humano”, para que nuestra espiritualidad se fundamente cada vez más en la fe, la esperanza y la caridad.

- **La posibilidad de tolerar la frustración** de los deseos humanos no satisfechos, depende los niveles de madurez humana y de la capacidad de resignificar desde la fe, la esperanza y la caridad dicha frustración. Son las bases humanas y espirituales que permiten pasar de una religiosidad infantil construida desde la infancia a una religiosidad adulta, fruto de una opción libre, resultado de un encuentro personal con el Señor. Pone en juego la capacidad de tolerar la frustración y de abrirse a un amor de Alteridad, fruto de una opción libre y construido desde una relación interpersonal profunda con el Señor.

- **Distintos tipos de espiritualidades según la estructura de personalidad:** Podemos encontrar los siguientes “rasgos” religiosos o “estilos” de relacionamiento con Dios que nos estarían indicando “inconsistencias humanas” que se proyectan en la espiritualidad:

1º Cuando el “ello” es muy demandante y es inconsistente el “yo”: Se pueden dar dos formas de religiosidad:

- **Religiosidad “sensitiva”:** La persona se relaciona con Dios sólo para colmar las necesidades más íntimas de la infancia no satisfechas: cariño, afecto, protección, cuidado... La necesidad de un Dios cercano, que no le abandone, que se “sienta”. La imagen de Jesús es muy “romántica”. Puede llevar también a la creencia en un Dios “milagrero” que espera le resuelva los problemas de forma mágica. Es una religiosidad sin responsabilidad, sin esfuerzo, en suma, infantil, donde todo depende de que le gratifique. No tolera la frustración.

- **Para considerar en el acompañamiento:** Debemos buscar que la *espiritualidad no encierre la persona en lo sensitivo*. Es natural y esperable el deseo de buscar en Dios *consuelo*. En los momentos de mayor tribulación todos lo hacemos. No obstante, hay que evaluar si la persona puede renunciar a sus necesidades afectivas infantiles, de autograti-ficación sensitiva o narcisista, o por el contrario, se impone la necesidad de compensación. Si puede “purificar” sus deseos infantiles, renunciar a ellos libremente. De lo contrario, la persona no madurará. Le quedará vedada la posibilidad de amar a Dios por sí mismo. No podrá generar una experiencia interpersonal con Él a base de intimidad, confianza y abandono. Será una relación con Dios interesada, que buscará cubrir las necesidades insatisfechas de la infancia: El deseo de cariño, de protección, de cuidado que llevan a una espiritualidad meramente sensitiva.

- **Religiosidad “fusional”:** Es una manifestación “regresiva” de lo anterior. Dios vendría a llenar el “hueco” afectivo que dejó la simbiosis primaria madre-hijo, colmando así todos los anhelos del corazón humano. Al final terminan en una unión vital con la energía cósmica (panteísmo) o en los fenómenos “para-místicos”. Lo que se busca es una religiosidad sin dolor, sin renuncias, sin sacrificios, sin esfuerzos, etc. En suma, una experiencia de Dios sin cruz.

- **Para considerar en el acompañamiento:** Hay veces que las espiritualidades de *naturaleza mística* o las que conlleva una vida de renuncias como la *virginidad o castidad* por el Reino, pueden buscar inconscientemente “fusión” con Dios. Éste vendría a llenar el “hueco” afectivo que dejó la simbiosis primaria madre-hijo, colmando así todos los anhelos del corazón humano. Las “regresiones” espiritualistas buscan evadir esta renuncia. La mística verdadera es un proceso de purificación del deseo inconsciente. Supone aceptar

ciertos “vacíos” en el corazón humano, propios de las “renuncias” que uno ha hecho. De lo contrario, la espiritualidad se convertiría en algo “alienante”. Buscaríamos en la relación con Dios el padre o la madre que nos fallaron, o la esposa/o fiel con la que soñábamos de pequeños/as, convirtiéndole así en el “objeto ilusorio” que llena mi soledad y sana mis heridas. La utopía de una fe sin conflictos, sin dolor, sin renuncias ni sacrificios, en suma, una experiencia de Dios sin cruz ni misterio Pascual (Cf. Rom 12,1-2). Más aún, una religiosidad sin “Alteridad”.

2º Cuando el “superyó” le impone al “yo” la renuncia a todo afecto y placer: Esto se podría observar en tres tipos de religiosidades:

- **Religiosidad “evitativa” (defensiva):** Sin experiencia de intimidad profunda con Dios. La relación con Dios está condicionada por los “miedos”. La persona se siente muy expuesta, débil y vulnerable. Tiene miedo a abrirse a Dios y confiarle sus secretos más íntimos. “Evita” el encuentro profundo e íntimo con Dios. La relación se mantiene desde el “control” racional.
- **Religiosidad cargada de culpa:** Típico de la religiosidad neurótica (obsesiva-compulsiva). La imagen de Dios es la de un juez castigador. Muy cargada de escrúpulos, ritualismos, supersticiones, normas, etc. Sobrevaloración de la mortificación, la ascesis, la penitencia, etc. De no hacerlo la culpa lo maneja y se lo impone inexorablemente.
- **Religiosidad del “deber ser”, apoyada en los propios méritos:** Hay que hacer méritos para ganarse el amor de Dios. Nada es “gratis”. La relación con Dios es más auto-exigente y voluntarista que propiamente vincular. Fundamentada en el “deber ser”.

- **Para considerar en el acompañamiento:** El tipo de “superyó” del formando. Si es rígido, intransigente, flexible o permisivo. La persona no puede permitirse sentir ningún tipo de placer (el superyó se lo censura inconscientemente como algo incestuoso u hostil hacia sus padres). La persona no podrá experimentar “satisfacción” en la relación con Dios, o en la pastoral. Todo debe implicar esfuerzo, sacrificio, dolor, renuncia... para que tenga valor para él y para Dios. Y siempre acompañado por una conciencia de estar en pecado permanentemente.

Presentan un tipo de personalidad: Rigorista, moralista y legalista. Se maneja por la ley. Con rechazo al cuerpo y a todo lo que tenga que ver con lo sexual. Con notables sentimientos misóginos y de aversión al otro sexo, o sentimientos homofóbicos. Con una visión pesimista y negativa del mundo y de ellos mismos. Con fuertes sentimientos de culpa.

Presenta una confianza ilimitada en la propia voluntad para superar los defectos y tentaciones. Para sentirse querido/a y amado/a por Dios, cree que tiene que tener superados sus defectos, ser perfecto/a, sin debilidades ni pecados. Estaba convencido/a de que debe hacer “méritos” para ganarme el amor de Dios, ser digno de su amor. Cuando en realidad, la espiritualidad no es tanto ganarse el amor de Dios a base de esfuerzo y voluntad, como acogerlo gratuitamente asumiendo los límites y pecados (humildad). La fidelidad es lo que posibilita el cambio (conversión). Obra del Espíritu en nosotros.

Hay que considerar qué tipo de “representación” de Dios tiene internalizada desde la infancia: Normalmente la de un “padre castrador” (impide sentir placer), exigente y castigador.

3° Cuando el “superyó” le impone al “yo” los ideales sin considerar la realidad: Se puede observar en dos tipos de espiritualidad:

- **Religiosidad idealista:** Se fundamenta en una imagen “idealizada” de Dios y de la fe. Entra en crisis cuando aparece el misterio del mal, el límite, los fracasos o las dificultades personales, congregacionales o pastorales, abandona su religiosidad. Su fe entra en crisis al no tener integrada la realidad. Era una fe “idealizada”. Falta integrar la realidad y entender la autonomía de las realidades terrenas.
- **Religiosidad ideológica y racional:** Su fe es abstracta, marcada por lo ideológico (doctrinal). Propenso al dogmatismo. Dios más que una experiencia es una idea que hay que defender con la razón. El corazón no cuenta. Las defensas le impiden conectar afectivamente con Dios. A la larga puede que sienta que Dios le da “sentido” a su vida, pero difícilmente sentirá que le “llena” la vida. Se construye una ideología.
- **Para considerar en el acompañamiento:** Cuando presentan un modelo muy idealizado de la vida consagrada, falta de realismo. Se les hace especialmente difícil integrar la realidad humana, con sus fragilidades y límites, aferrándose compulsivamente al ideal de lo que debería ser y se espera de un religioso/a, con fuertes sentimientos de culpa. Sienten que nunca están a la altura de la vocación recibida. Esto les hace especialmente autoexigentes consigo mismos y con los demás. Al comprobar que la realidad de la congregación no coincide con el ideal religioso o evangélico, abandonan la vocación. Proyectan fuera, en los demás, toda la responsabilidad para liberarse de la culpa.

En los casos patológicos, si el ideal del yo es muy fuerte, la persona psicológicamente “se aísla de la realidad”, creando un mundo fantástico, llegando al delirio místico. Se altera el juicio de realidad. Sin conciencia de enfermedad y con fuertes sentimientos paranoicos. Se llega al fanatismo religioso.

Es común en personas con tendencia a refugiarse en lo intelectual. Racionalizan todo para no tener que conectar con su mundo interior, el conflicto entre lo ideal y lo real. Eluden involucrarse afectiva y realmente con el otro, con la comunidad, la gente de la pastoral, etc., por la angustia que les genera. No toleran la frustración. Se escapan de las relaciones profundas con el activismo pastoral.

Es común entremezclar “deseo de Dios” y “deseo humano”. Esto sucede cuando la persona “proyecta” en el Reino sus propios deseos de realización personal. Su compromiso y adhesión de fe están supeditados a los logros, eficacia, realizaciones y éxitos en los trabajos pastorales. Se tiene que purificar. La crisis de realismo (fracasos, decepciones, etc.) obligará a ello: A no depender del éxito y la compensación para perseverar en la entrega. Y vivir de fe, esperanza y amor (adherirnos al “deseo de Dios”).

El tipo de “representación” de Dios que ha podido ir internalizando desde la infancia no ha hecho aún la crisis de realismo y está fijada en la etapa adolescente, con su tendencia “idealizadora” de Dios y del proyecto salvador.

II. A UN DIOS COMO “OBJETO DE FE PURIFICADA” (Cf. Rom 1,5):

La espiritualidad reubica el deseo en el proyecto de Dios. Da sentido a la frustración y posibilita la realización de los deseos de felicidad de toda persona humana. Desbordándolos. Para ello es imprescindible:

1º Que la religiosidad sea optada: La gracia divina no conlleva la anulación de la libertad humana. Al contrario, exige una *opción fundamental*. La gracia no exime a la persona de la responsabilidad de la elección de Dios y de querer mantener una relación interpersonal con Él. La gracia tiene una estructura dialógica, de comunión interpersonal del hombre con Dios.

- **Para considerar en el acompañamiento:** Para que la religiosidad sea optada, la persona debe haber resuelto positivamente la “*crisis*” *adolescente* y haber hecho el “*desapego*” *de las figuras paternas*. Sin una madurez afectivo-sexual, la espiritualidad queda a merced de la pulsión reprimida. Difícilmente la persona alcanzara una “autonomía-teónoma” que le permita referenciar su vida a Dios y al prójimo, desde una libertad responsable y convirtiéndose en protagonista primero y principal de su vida y vocación. Por el contrario, su espiritualidad “dependerá” de la satisfacción de los deseos infantiles y necesidades pulsionales insatisfechos (falsas expectativas), al quedar “apegada” a las necesidades primarias de naturaleza afectivo-sexual.

2º Que la religiosidad sea el fondo motivacional que alimente el seguimiento de Jesús: Quien lo posibilita es la “*experiencia fundante*”, por cuanto vincula el ser con Dios e integra todas las áreas de la personalidad en la relación con Él. Ésta se empieza a dar a partir de la opción fundamental que coincide muchas veces con la llamada-vocación, cuando descubrimos interiormente que la plenitud humana (realización) se alcanza siguiendo a Jesús como religiosos/as. Se establece una “relación especial con Dios” fruto de la experiencia de habernos “encontrado” con Alguien que nos trasciende y sustenta. Hecha de diálogo y escucha, de auto-clarificación y discernimiento, de certezas y dudas, de resistencias y abandono y, sobre todo, de vinculación afectivo-teológica con Dios. Marca la “matriz” de la experiencia de Dios: Pone las bases teológicas.

- **Para considerar en el acompañamiento:** Es clave que la motivación fundamental de todo aspirante a la vida religiosa se enraíce en una experiencia teológica. El “**deseo de responder a Dios**” ha de ser el fundamento primero desde el que quiere afrontar su vida religiosa. Por eso, la pregunta central para hacer a quien ingresa es esta: Dentro de la variedad de motivaciones ¿hay algún núcleo que tenga que ver con Dios? ¿O se limita al deseo de “hacer” cosas para los demás? ¿Existe una experiencia auténtica de Dios? Y ésta, ¿llega a la profundidad de la existencia y de la personalidad del candidato? ¿Involucra su afectividad, o es algo meramente racional?

3º Que la religiosidad recoja “consistencias” humanas: Sin un vínculo objetal no se puede vivir. La relación con Dios se debe alimentar de la energía vital que mana del interior de la persona. El “apego” a Jesucristo no puede ser teórico, como no lo es el apego del niño a la madre. Si no existe un “enamoramiento” por Jesucristo que “apegue” afectiva y efectivamente toda la vida alrededor de Él, el apego no es seguro, la virginidad y la castidad son frágiles y la vida consagrada se convierte en exagerar controles, evitar ocasiones o vivir tristezas. La “pasión por Jesucristo es la que

hace posible vivir la consagración a pleno y amar el proyecto del Reino (congregación, pobres, realidad, Iglesia, etc.) como lo amaba Jesús. Desde un amor adulto capaz de procesar la realidad y tolerar la frustración. Es de donde saca la energía las “motivaciones” vocacionales.

- La espiritualidad se nutre de la energía del mundo afectivo-sexual: Es desde el “deseo” (Eros) que emerge en el vínculo primario, de donde se suscita la dinámica religiosa. Dios parte de él y lo “purifica” con su gracia. De igual manera que la conciencia religiosa es la misma voz de Dios que nos habla a través de la naturaleza racional (/Cf. LG 16), Dios se vincula con nosotros a través de la naturaleza afectiva. La experiencia arcaica de felicidad prefigura la realización del hombre en Dios. Sin una experiencia previa de felicidad vital se puede cortar la capacidad de captar el mensaje religioso ya que éste no puede recoger ninguna esperanza natural y vital. La negativa integral de los vectores afectivos o su desfiguración por una herida precoz, repliegan la persona en sí misma y destruyen los vectores afectivos profundos susceptibles de conducir a Dios

Pero la espiritualidad no se hace adulta (al igual que la persona) hasta que la experiencia religiosa rompe con sus orígenes arcaicos, para abrazar a Dios en sí mismo. El deseo religioso auténtico reclama la decisión personal (fe) en la que se reconozca y se vivencie a Dios como el “Totalmente-Otro”, frente al cual se descubra la persona a la vez “separado” y religado”. Por el contrario, el deseo arcaico busca “fusión” y “confusión”. Niega la autonomía y el reconocimiento del otro.

- Para considerar en el acompañamiento: Todo amor adulto, como el de Dios, se construye a base de corresponsabilidad y compromiso mutuo. Y sobre todo, se hace sobre la base de la intimidad y el respeto a la alteridad del Otro. Cuando es maduro, genera un vínculo afectivo-teologal con Dios que no se queda en un plano racional, especulativo, distante o idealista, sino que compromete el corazón en una relación de intimidad, abandono y confianza. Con sus momentos de gozo y desolación, de presencia y ausencia, de logros y renunciaciones, de confianza y abandono, de luz y oscuridad... Acepta la “alteridad” de Dios. Puede integrar la realidad (dolor, fracasos, sacrificios, renunciaciones, etc.) por amor a Él. Despierta los sentimientos altruistas y generativos y los pone al servicio del Reino y del prójimo. Permite asumir la realidad personal (debilidades y pecados) sin negarla o justificarla (con humildad). Antepone la voluntad de Dios a los propios proyectos y deseos (puede “morir a sí mismo”). Puede confiar y abandonarse en Dios sin necesidad de tenerlo todo bajo control. En suma, la relación se construye a base de “fe, esperanza y caridad” (teologal).

A diferencia de lo que pensaba Freud, la religión no aliena. Por el contrario, hace la persona más realista y comprometida, porque reubica el deseo en el proyecto de Dios, cuando la persona puede renunciar por amor a Él. Da sentido a la frustración y posibilita la realización de los deseos de felicidad de toda persona humana, desbordándolos. De ahí la razón por la cual, el proceso espiritual se haga a partir de una “purificación teologal”: de la fe, la esperanza y la caridad que nos une con Dios. Un proceso compartido: acción de la gracia en nosotros y corresponsabilidad nuestra en la purificación del proceso. Exige madurez afectivo-sexual: capacidad para una relación interpersonal adulta, no infantil.

- **Para que Dios sea “objeto de fe purificada”, hay que evaluar en la persona:**

- **Si a partir de la experiencia espiritual, genera un vínculo afectivo-teologal con Dios:** desde su mundo interior, desde su corazón y no se queda en un plano racional, especulativo, más distante y controlado. O idealista (no renuncia a la “ilusión”). O lo sexualiza (desvirtúa).

- **Si el encuentro interpersonal que se genera entre él y Dios le posibilita hacer del amor el eje entorno al cual gira su vida.** Por una parte, le llena del amor de Dios; y por otra, lo abre, como acción del Espíritu en él, al amor al prójimo: al altruismo, a la donación, a la entrega y servicio a los demás, al Reino, la Iglesia. Lo hace fecundo espiritualmente y lo configura con Cristo.

- **Si la pastoral acapare su interés:** despliega toda su capacidad generativa y creadora, lo hace generoso, entregado, sacrificado y con un compromiso gozoso. A ejemplo de Jesús, el religioso ha de encontrar satisfacción en su ministerio pastoral. Es su proyecto de vida que lo ha de satisfacer y plenificar. Ha de experimentar que se realiza integralmente como persona en su donación a los demás.

- **Si puede renunciar por el bien y felicidad de otros:** Habrá que observar el nivel de sus necesidades primarias (egocéntricas) en la relación con Dios, en la pastoral, en las relaciones con los hermanos de comunidad... O si por el contrario, presenta claros sentimientos altruistas que le permiten renunciar por el bien y la felicidad del otro, de una manera positiva y satisfactoria. Si puede sacrificarse por amor a otro, lo hará también por Dios. El corazón no es indiviso. Si uno no ama al hermano a quien ve, tampoco ama a Dios a quien no ve (Cf. 1Jn 4,20). Hay que llegar a amar a Dios por sí mismo.

- **Si puede asumir la frustración a las propias expectativas:** Dios está llamado no sólo a dar “sentido” a nuestra vida (a través de un proyecto de vida consagrada), sino también a “llenar” nuestra vida (a través de una relación). Cuando no usamos a Dios en beneficio propio, sino que nos apoyamos en que “Él nos amó primero” (Cf. 1Jn 4,19), llegaremos a poder sobrellevar las renuncias que conlleva seguimiento de Jesús por amor a Él y a los demás. Nos importará más el vínculo que se ha generado, el amor que nos tenemos, que la necesidad yoica de sentido o la compensación narcisista de nuestras expectativas.

- **Si la relación con Dios le permite integrar de manera positiva (sin patologías) la cruz de la denegación sexual,** la dimensión pascual de muerte y resurrección que implica el amor virginal y casto por el Reino y el resto de renuncias y sacrificios propios de la vida consagrada, fracasos, decepciones, sacrificios, etc.

- **Si asume su realidad (límites y pecados) sin negarla o justificarla.** Sin humildad y autenticidad es imposible hacer un proceso espiritual. Es lo que permite la acción de la gracia en la persona.

- **En síntesis,** debo evaluar si va adquiriendo, fruto de la relación interpersonal con Dios, las **cualidades humanas y evangélicas de Jesús**, según el carisma de su congregación. Para ello es importante que el formando entienda que el seguimiento de Jesús no consiste tanto en reproducir un rol, sino en adquirir una identidad: configurarse con Jesús.

BIBLIOGRAFÍA

Javier Garrido (1996). *Proceso humano y gracia de Dios: Apuntes de espiritualidad cristiana*. Santander: Sal Terrae.

Antoine Vergote (1969). *Psicología religiosa*. Madrid: Taurus.

José Rafael Prada (2007). *Psicología y formación: Principios psicológicos utilizados en la formación para el sacerdocio y la vida consagrada*. Bogotá: San Pablo.

Jordi Font (1999). *Religión, psicopatología y salud mental: Introducción a la psicología de las experiencias religiosas y de las creencias*. Barcelona: Paidós.

Benito Goya (2001). *Psicología y vida espiritual*. Madrid: San Pablo.

Carlos Domínguez Morano (1992). *Crear después de Freud*. Madrid: San Pablo.

Fr. Rafael Colomé Angelats OP
Centro de Estudios Santo Tomás de Aquino
Avda. Directorio, 440
1424 Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel (011) 4923 2548
E-mail: sanjose.ar@speedy.com.ar